

El joven profesor Álvaro Matute

La siembra intensiva

Evelia Trejo

En una de las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, un día de 1972 el investigador Álvaro Matute empezó a impartir el curso de Historiografía de México I. Ahí se encontraba una estudiante que también habría de destacarse en la historiografía. Ahora, Evelia Trejo recuerda los años setenta en que su maestro se consolidó como una figura central de los estudios históricos.

El 14 de marzo de 1972, en una de las aulas tipo auditorio de la planta baja de la Facultad de Filosofía y Letras, un grupo mayoritariamente femenino esperaba tomar su primera clase de Historiografía de México I. La materia se cursaba entonces en el tercer semestre de la carrera, y llegó a impartirla, por segunda ocasión según supe más tarde, Álvaro Matute. Un joven delgado y en apariencia tímido, quien muy pronto, con la claridad de sus notas y la composición de cada una de sus clases, me hizo ratificar que lo que estaba tan dispuesto a enseñarnos era una de las cuestiones que habían orientado mi vocación hacia las humanidades. No estábamos en una clase del Colegio de Letras; sin embargo, el meollo del tema a tratar era el de la escritura de la historia en México.

Así, desde los códices hasta el siglo XVIII, el programa presentado era una invitación a embarcarnos en una interesante aventura del conocimiento de lo que habíamos elegido como futuro oficio y un intrigante viaje por la historia del pensamiento. Cada momento de la historiografía, cada autor al que pasábamos revista, encerraba un secreto, era un caso único en la larga historia del quehacer. El curso se iniciaba con una declaración

breve: atenderíamos en el primer semestre la Historia escrita en el tiempo prehispánico y la del periodo novohispano; enseguida se formulaba una pregunta: ¿cómo debemos analizar el estudio historiográfico? Después, un montón de noticias sobre precursores de estos estudios, instituciones señeras, revistas sobre historia y, en fin, esa traza valiosa de un territorio que tarde o temprano debíamos conocer con puntualidad, y que Matute delineaba revelando sus recursos para ubicarnos.

Apenas en la segunda sesión, comenzaba a perfilarse una cuestión sustancial: el profesor Matute señalaba que abordaríamos dos asuntos: la metodología del análisis historiográfico y los ya citados temas de las historiografías prehispánica y novohispana. A continuación, definía los términos *historia*: el acontecer humano en el tiempo y en el espacio; *historiografía*: el estudio de la historia manifestándolo por escrito; y, por último, *historiología* que, citando a Ortega y Gasset (y tal vez a Gaos, aunque mis apuntes no lo registraron), nos presentó como ciencia o género literario que tiene por objeto estudiar la historia, pero, palabras más, palabras menos, finalmente el esfuerzo por definirla servía de pretexto para



Álvaro Matute

introducimos en la problemática del conocimiento histórico en sus aspectos filosóficos.

Por mi parte, como la gran mayoría, había sido alumna ya de los cursos de Historiografía general, de modo que debía de tener las bases necesarias para no sorprenderme de lo que me esperaba y, sin embargo, pronto supe que era un imperativo no perderme ni una clase y, a la vez, aprovechar un sitio en primera fila para escuchar con atención lo que el licenciado Matute nos proponía. Mis compañeras de las filas de atrás conversaban sin parar y la voz del profesor, pausada y firme, no era lo suficientemente sonora como para sobreponerse al rumor que generaban. El desarrollo de la clase siguió su curso; cada día novedades sobre la historia y sobre el profesor iban llenando de curiosidad los derroteros de nuestras diversas vocaciones. Pronto supimos que nuestro maestro era también investigador en uno de los Institutos situados en la Torre de la entrada de la Facultad. En vista de que parte de las tareas encomendadas había implicado la realización de una buena cantidad de tarjetas, mi compañera de entonces y amiga de siempre, Adela Pinet, y yo, subimos con él para ayudarlo a transportarlas y conocimos ese otro espacio de desempeño de la historia. Para quienes no teníamos el mapa de la Universidad muy claro, era todo un acontecimiento saber que los maestros no sólo estaban en los salones y en los pasillos de nuestra Facultad, sino que se concentraban en el piso séptimo, en el Instituto de Investigaciones Históricas, algunos de los más distinguidos, y que era posible acudir a ellos para resolver dudas.

La década de los setenta estaba comenzando; para quienes arribamos a los estudios históricos por aquellos años, contando con menos de veinte de edad, se abría un panorama inmenso en el cual alcanzábamos a percibir que formarse como historiador era, además de aprender a conocer el pasado, estar abierto a cultivar diversas facetas de nuestra personalidad. El campo de estudio que ofrecía la cátedra impartida por Matute no era el más atractivo para muchos compañeros; como no lo eran en general las materias que nos obligaban a reflexionar sobre la disciplina histórica. En mi caso, quizá debido a una vocación por la historia como tal, llena de sombras, y sin considerarme por ello una excepción, desde las primeras lecciones se me presentó como el campo predilecto: la compleja integración de los asuntos filosóficos y literarios que se podía advertir en el conocimiento de la historiografía detonaron en mí una enorme sed de conocer y comprender sus interrelaciones. Álvaro Matute mostraba con extrema naturalidad las principales aristas de la escritura de la historia y afinaba instrumentos de precisión para hacernos conscientes de ellas.

Con el segundo semestre de la materia, se concluía el programa, abarcando así lo concerniente a todo el siglo XIX, hasta arribar a Justo Sierra y el *México. Su evolución social*. Los temas anunciados fueron cubiertos pese a la huelga ocurrida al finalizar el año; con ello el profesor probaba su compromiso. Él y su maestra, colega y amiga Rosa Camelo, estuvieron dispuestos a atendernos en dos domicilios para completar las horas de clase. La responsabilidad docente se acentua-

ba; Matute daba cauce a una siembra con excelente semilla que duraría más de dos décadas y sería de indudable provecho para muy distintos tipos de vocaciones por la historia. Al curso de Historiografía de México le seguirían otros, pero estaban destinados a dejar huella indeleble éste (por cierto resumido en diez lecciones dentro de la serie Grandes Maestros que puede escucharse en Descarga Cultura UNAM) y el que poco tiempo después lo prolongaría.

Efectivamente, en 1974, junto con dos queridas maestras, Gloria Villegas, hoy directora de la Facultad, y Andrea Sánchez Quintanar (q.e.p.d.), inauguraría Álvaro la materia de Historiografía contemporánea de México, a su cargo por más de un decenio y que retomaría bajo nueva denominación en este siglo XXI. Allí tendría ocasión de explayarse subrayando la condición de contemporaneidad del modo de hacer historia en México que corría en paralelo con su propia biografía. No en balde su nacimiento coincidía con los años en que la disciplina de la historia tomaba forma cada vez más definida en las instituciones destinadas a producir historiadores profesionales.

A la vez que desarrollaba esa experiencia en el salón de clases, que tenía detrás otras comparecencias ante grupos en la Escuela Nacional Preparatoria, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, pero que era el punto de arranque de una larga labor continuada en la Facultad, Álvaro Matute impulsaba otro aspecto de su actividad como historiador al dar a la imprenta ese primer libro, generoso: *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, del que recientemente se hizo aprecio tanto en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería como en este Homenaje. El investigador daba a conocer sus méritos como tal, al incrementar la colección de Lecturas Universitarias, con un volumen que si bien obedecía a la solicitud de su maestro Miguel León-Portilla, era una oportunidad para hacer gala en las páginas introductorias de la suma de reflexiones que había hecho suyas y que ponía al alcance de los estudiantes y los maestros.

Lo que está detrás de la autoría de ese libro es seguramente la prueba de la asimilación de sus estudios de licenciatura como alumno destacado, más la poco frecuente capacidad de establecer una comunicación directa y fluida sobre aspectos metodológicos del propio que hacer, además de disponer, con la seguridad de quien conoce la materia, de un conjunto de textos básicos e indispensables para acceder a ese siglo crucial de nuestra historia que es el XIX. Firmado en abril de 1971, saldría de las prensas universitarias en febrero de 1972, para correr la mejor de las suertes, como lo hacen constar las reimpressiones que completaron más de 80,000 ejemplares en los años siguientes, y que precisamente este

año se ha presentado con nuevo traje en una quinta edición corregida.

De un impacto igualmente valioso, en este caso para una audiencia bastante más específica, fue su segunda compilación para la docencia, el pequeño gran libro de *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, publicado en de la colección SepSetentas en 1974, un invaluable auxiliar en la enseñanza de que el proceso de la historiografía, para comprenderse mejor, requiere de las referencias al ámbito del pensamiento sobre la historia como un quehacer peculiar. La obra, inspirada, según ha afirmado, en el trabajo de Juan Antonio Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* que se ocupaba de textos del siglo XIX, tiene el sello particular del profesor Matute: una valiosa introducción y una espléndida selección destinada a sumergir a los alumnos lectores en los caminos de la teoría transitados por aquellos autores a quienes considerara maestros; entre los que puede destacarse a José Gaos, Edmundo O'Gorman y Ramón Iglesia, por señalar páginas favoritas. Un lugar especial en ese libro lo ocupa la argumentación expuesta en la mesa redonda sobre la verdad en la historia, celebrada en 1945, y destinada a ser leída una y otra vez en los cursos de Historiografía del siglo XX, para hacer patente, junto con muchos de los asuntos que se encuentran en los otros textos, una perspectiva de la historia tan rica y sugerente como la que traían entre manos los llamados historicistas, aparentemente extinguidos en la generación de Matute, según la opinión de nuestro querido y recordado maestro Eduardo Blanquel, pero vivos y activos para quienes recibimos sus mensajes y enseñanzas. Quizá sin darse cuenta las generaciones formadas por la cauda de discípulos que formaron en su trayecto habían sido inoculadas ya con esa perspectiva teórica y, para bien o para mal, tendrían que lidiar con ella.

Pero la labor docente cultivada con paciencia y abogada con libros no se restringió en esta década a lo que he mencionado hasta ahora. El año de 1972 también llevó a Álvaro Matute a probar la pluma de la divulgación de la historia (y digo la pluma, porque la palabra ya la había utilizado en esa labor, por medio de las transmisiones radiofónicas en las que se dio a conocer reseñando libros de historia y de otros temas). A los textos dirigidos a los estudiantes o estudiosos, como señaló hace poco Silvestre Villegas, los acompañarían las páginas que escribió y las que coordinó para formar el volumen IX de la *Historia de México Salvat*, dedicado a la Revolución mexicana, destinadas a un público numeroso, con el propósito de captar lectores de historia dondequiera que pudieran hallarse. La *Historia* de Salvat, primera de este género en el siglo XX, y con ello quiero decir una historia de gran formato, con pretensión de abarcar todas las épocas y de llegar a públicos amplios, convocó a

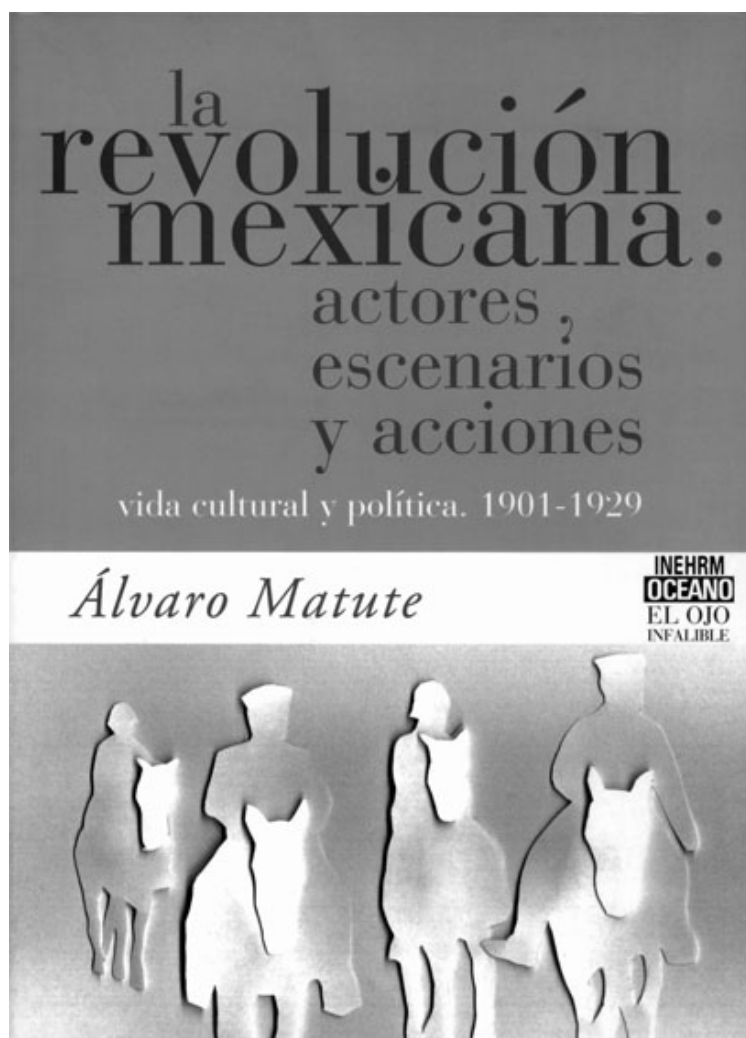
muchísimos autores; Matute fue uno de ellos, el más joven dentro de los diez coordinadores de volúmenes. En esa ocasión, desde el pequeño ángulo en que yo observaba la escena, aprendí algo más; junto al empeño que ponía para resolver los temas que él eligió, mostraba su capacidad para delegar en algunos conocedores de temas específicos la tarea de presentarlos y revelaba asimismo su confianza en un par de aprendices (Carlos Herrero Bervera y yo) para solucionar algunos de los artículos que conformarían la obra.

A riesgo de que esta serie de recuerdos y reconocimiento parezca tener como único fin el enaltecimiento del joven profesor de los años setenta, quiero añadir algunas notas, con el afán de consignar que fue ésa una década de siembra inigualable, y de subrayar la fortuna que tuvimos quienes estábamos cerca de apreciar las cualidades de nuestro querido maestro.

En 1974, sin abandonar sus cursos en la Facultad, Álvaro Matute asumía el compromiso de investigar y dar a conocer uno de los periodos que comprendería la obra *Historia de la Revolución Mexicana*, que, en el proyecto de don Daniel Cosío Villegas, abarcaría desde el año de 1911 hasta el gobierno de Adolfo López Mateos. Sin descanso, Matute se dio a la tarea de reunir un equipo de trabajo y de planear la búsqueda de materiales

para construir una historia que lo condujo a revisar la documentación necesaria para proponer en dos libros, con cuya versión preliminar, por cierto, aprobaría muy exitosamente sus exámenes de grado de maestro y de doctor, en 1980 y 1990, dos momentos de la etapa revolucionaria, bajo una perspectiva enteramente suya. Es preciso anotar que el diseño de esos dos textos, *La carrera del caudillo*, la creación suya de lo que don Edmundo O’Gorman, en el examen profesional, vería más como una novela que como una historia, y *Las dificultades del nuevo Estado*, obra en la que la conjunción entre lo regional, lo internacional y lo nacional forman la trama, fueron realizaciones que tomaron un tiempo que excede en el segundo caso a la década aquí considerada pero que indudablemente se fraguaron en esos años en los que la relación con los documentos, mediada en parte por el trabajo de su equipo de ayudantes, y la lectura de los innumerables textos que consumió para darle curso a las obras, le hizo concebirlos tal y como surgieron de su pluma cuando el tiempo requerido para darlos a la imprenta se cumplió. Antes de que ese tiempo llegara, muchos radioescuchas habían oído de su boca buena parte de lo que sobre el particular habría de escribir.

Cabe destacar que una tarea alterna, entrelazada con la revisión de periódicos y de despachos al Departamento de Estado, a la que fuimos convocados los integrantes de ese equipo que averiguaba lo concerniente a los años 1917-1924, fue la lectura del ensayo sobre la “Utilidad y convenientes de los estudios históricos” que forma parte de las *Consideraciones intempestivas* de Friedrich Nietzsche. En un espacio, buscado ex profeso, nos reuníamos a leer y también a comentar escritos en los que poníamos a prueba nuestras capacidades reflexivas y de redacción, aspectos del trabajo de historiar, del mayor interés para nuestro guía. Álvaro Matute no se conformaba con el reto de lidiar con los materiales; fiel discípulo de Edmundo O’Gorman, nos empujaba a hacernos de los espirituales necesarios para pensar la historia. Y lo hacía como si fuera parte de un juego, del juego de dialogar sobre lecturas que no implicaban ni tareas, ni exámenes, ni pruebas de talento. Debo añadir que a las cualidades del maestro e investigador se añadía entonces a nuestros ojos la del director de un equipo que propiciaba un ambiente cordial y armónico entre los integrantes. Quienes compartimos esa experiencia: Ricardo Sánchez Flores (q.e.p.d), Ángeles Ramos, Leticia Barragán, Amanda Rosales, Rubén Maldonado Mares y yo, pudimos fincar dentro de los edificios que sucesivamente ocupamos en las calles de Córdoba y Chihuahua, en la Colonia Roma, los cimientos de amistades entrañables destinadas a durar toda la vida, sin importar distancias. El hecho de saber que éramos un enclave universitario más en los espacios de El Colegio de México nos identificaba y enorgullecía. Se ensanchaba así el



horizonte de la comunidad histórica y bajo la influencia de Álvaro Matute continuaba nuestra formación.

Pero la vocación del joven maestro se desplegaba a la vez en otros ámbitos. Puede afirmarse que los libros para la secundaria abierta, en los que colaboró con Miguel León-Portilla y otros colegas del Instituto, impresos de 1975 a 1977, ampliaron aun más la cobertura de lectores. A los alumnos del Colegio de Ciencias y Humanidades, destinatarios de su primera obra, se habían sumado, en la segunda parte de la década, los lectores de la antología sobre teoría, los consumidores de la *Historia* de Salvat y, esta vez, los jóvenes y adultos alumnos de la secundaria abierta. De manera que en el aula, en los textos y en el cubículo, el profesor Matute se empeñaba en sembrar. Imposible calcular la suma de alumnos, lectores y visitantes atendidos durante esa década. Lo que sí se puede hacer es afirmar abiertamente que no debería extrañarnos hoy en día, cuarenta y un años después de aquel mes de marzo de 1972, que se contarán por miles quienes reconocen el valor de sus clases, el impacto de sus textos y la generosidad de su persona.

No se queda sin embargo en las esferas antes reseñadas la actividad que desarrolló Álvaro en esa primera década de su vida profesional; al acercarse el fin del decenio, su colaboración con la Dirección de Asuntos del Personal Académico de la UNAM lo llevaría a situarse en un mirador privilegiado para observar a la Universidad como conjunto. De los cursos de actualización para profesores de historia de la Escuela Nacional Preparatoria, a la organización de coloquios y simposia en todo tipo de Escuelas, Facultades e Institutos, Matute dio una suerte de salto mortal. Los espacios destinados al cultivo de la disciplina histórica con toda su complejidad parecían restringidos frente a la posibilidad de abarcar la riqueza enorme de la actividad universitaria. Allí, en la responsabilidad compartida con especialistas provenientes de otros ámbitos, comenzaría Matute una etapa distinta, encaminada a servir en otros frentes a la comunidad de nuestra Casa de Estudios, y a disponer en formatos diversos su saber para que incluso otras comunidades del país y del extranjero pudieran aprovecharlo.

Quiero agregar, ya para concluir, que en esos mismos años setenta, en 1976, fue publicado el que fuera su primer trabajo de investigación original, la tesis con la que obtuvo la licenciatura en 1970, que bajo el título de *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico* señala uno de los ejes más hondos de su vocación. Situa- do en medio de los textos a los que he aludido y, sobre todo, visto en el conjunto de sus publicaciones, permite destacar un rasgo más del carácter del maestro Matute. Nunca ha abandonado aquello que eligió como materia de estudio, pero, a la vez, nunca se ha negado a responder con una charla, una conferencia, un curso, un seminario o una obra a las exigencias que la academia y

la sociedad en general imponen a un historiador que de tantas maneras sabe entregar los frutos de su saber.

El joven profesor de los años setenta dejó hace muchos años las gafas y los cigarros Raleigh que lo acompañaban en sus primeras clases, acrecentó las tablas que le dieran las lecciones de teatro recibidas del maestro Héctor Azar, en su etapa de alumno de la Preparatoria y, por sobre todas las cosas, hizo y sigue haciendo gala en su trato diario de la sencillez y la caballerosidad que le han ganado un sitio único entre los universitarios distinguidos.

Hoy que se acerca a sus primeros setenta, tengo que agradecerle públicamente la oportunidad de atestiguar su trayectoria de sembrador; desearle que en cada uno de los años de esta década que inicia, la de sus propios setenta, disfrute plenamente de la cosecha frondosa que se espera de lo que quiso y supo prodigar. Como nos consta, ya ha comenzado a hacerlo.

Muchas felicidades, muchas, pero muchas gracias y larga vida para mi querido maestro. **U**

Texto leído en el Centro de la Ciudad de México, en el edificio universitario del Palacio de Minería, y con el recuerdo vivo de Leopoldo Lugones, el 3 de marzo de 2013, y presentado en el Homenaje a Álvaro Matute celebrado en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM el 19 de abril de este mismo año.

